



LOS BILAUREADOS

ANTES de hablar de los «bilaureados» conviene recordar que no solo las Cruces de San Fernando podían ser laureadas sino que también lo eran siempre las Grandes Cruces. A partir del Reglamento de 1862 únicamente dos militares han sido recompensados con dos Cruces Laureadas de San Fernando concedidas por hechos heroicos, y ambos en las Campañas de Marruecos: Don José Enrique Varela Iglesias y don José Rodríguez Bescansa. También fue recompensado con dos Cruces Laureadas, aunque una de ellas era Gran Cruz, el general don José Sanjurjo Sacanell.

El primero y el último de ellos no necesitan presentación, al tratarse de personas muy conocidas, debido a su intervención en la Guerra Civil y a los altos puestos de la milicia a los que llegaron. En cambio, el segundo es un completo desconocido, pues tuvo el infortunio de morir siendo solamente capitán y antes de poder lucir sobre su guerrera la primera de las Laureadas que había ganado.

Varela había nacido en San Fernando (Cádiz) en 1891 y era hijo de un suboficial de Infantería de Marina. Su carrera militar no fue brillante en sus inicios, pues su situación económica le obligó a sentar plaza en el Ejército como educando de corneta cuando tenía dieciocho años, dedicando su tiempo libre a la preparación del ingreso en la Academia de Infantería, lo que consiguió en 1912, cuando con veintiún años había ya alcanzado el empleo de sargento, lo que suponía siete años de retraso en su carrera, al ser los 14 la edad mínima que se exigía para el ingreso en dicho Centro y la que tenían muchos de sus compañeros.

Ya con el empleo de teniente, marchó a África y fue destinado a Regulares de Larache, recibiendo en 1919 su bautismo de sangre y ganando al año siguiente su primera Laureada en el combate que el 20 de septiembre tuvo lugar en las inmediaciones de Muires y Ruman. En dicha acción, cuando nuestras fuerzas se dedicaban a retirar las bajas sufridas, el enemigo, oculto en gran número, a juzgar por su fuego, producía otras más, por lo que se puso voluntariamente a la cabeza de tres sargentos y veinte soldados y penetró en el barranco en que aquél se encontraba, y después de sostener una lucha cuerpo a cuerpo consiguió desalojarlo de él, causándole veintiséis muertos y un prisionero, que retiró, así como el armamento recogido y las dieciséis bajas de la fuerza que mandaba.

Un año después fue recompensado con una segunda Laureada por el combate de Adama en el que al ser atacada desde unas alturas la columna de la que formaba parte, se lanzó con su compañía al asalto de las posiciones que ocupaba el enemigo, produciéndose una situación comprometida al ser baja los dos tercios de su Unidad debido al intenso fuego del contrario. En ese momento, el teniente Varela se puso en pie, arrebató a un muerto su fusil y pidió a los escasos supervivientes que resistiesen hasta la llegada de refuerzos. A pesar de haber perdido a tres de sus cuatro oficiales, a dos de sus tres sargentos y a cincuenta y uno de sus ochenta soldados, el teniente Varela resistió durante toda la jornada, hasta

que la llegada de refuerzos le permitió consolidar la posición.

En julio del mismo año fue herido de gravedad en una pierna, teniendo la suerte de que no fuese necesario amputársela, como se temía; al poco tiempo fue ascendido a capitán por méritos de guerra y en 1924 a comandante por igual motivo, consiguiendo así adelantar en el escalafón a los que habían ingresado siete años antes que él.

Continuó en Marruecos donde los años siguientes ganaría por méritos de guerra los empleos de teniente coronel (1925) y coronel (1929). En 1925, cuando mandaba una harka, resultó herido de gravedad en el vientre, recibiendo como recompensa la Medalla Militar Individual.

Tras intervenir en el desembarco de Alhucemas regresó a Regulares, de donde pasó a mandar el Regimiento de Cádiz en 1930. Dos años después, al producirse el levantamiento del general Sanjurjo se le quitó el mando del Regimiento y fue encarcelado en el Castillo de Santa Catalina, en Cádiz, y dejado posteriormente en situación de disponible. Entre diciembre de 1932 y febrero de 1933 permaneció en la Prisión Central de Guadalajara, hasta que quedó sobreesida la causa que se le había abierto. Durante el período republicano no se le confió destino alguno, pero en 1935 fue promovido al empleo de general de brigada.

Encerrado de nuevo en el Castillo de Santa Catalina al inicio del alzamiento de julio de 1936, consiguió evadirse y ponerse al frente de la guarnición de dicha ciudad.

Tomó parte en la marcha sobre Madrid y en la liberación del Alcázar. Mandó la 71ª División, el Cuerpo de Ejército de Brunete y el Cuerpo de Ejército de Castilla, con el que intervino en las batallas de Alfabra y Teruel, reconquistando esta última ciudad en febrero de 1938.

En mayo de 1938 fue ascendido a general de división y al año siguiente nombrado ministro del Ejército, ascendiendo a teniente general en julio de 1941. Durante los numerosos combates en los que participó recibió diez heridas.

En 1942 cesó a petición propia en el cargo de ministro y fue nombrado Alto Comisario de España en Marruecos, cargo que ocupaba al fallecer en Tetuán el 24 de marzo de 1951, concediéndosele a título póstumo el empleo de capitán general y el título de marqués de Varela de San Fernando (Fig. 1 y 2).

El capitán Rodríguez Bescansa -pues este fue el mayor empleo que logró en su corta vida militar- era natural de Pamplona, donde había nacido en 1900. Gozó de una juventud más afortunada que la de Varela, ya que en el momento de su nacimiento su padre era comandante de Infantería, por lo que pudo ingresar en la Academia de esta Arma solo cumplir los 15 años.

Con el empleo de teniente fue destinado al Regimiento de África, en Melilla, pasando a formar parte de una columna con la misión de prestar servicios de seguridad y defensa, y protección de convoyes, aguadas y caminos.



Fig. 1.- El general Varela (Museo del Ejército)

En febrero de 1920 regresó a la Península para hacer el curso de profesor de Educación Física y en julio obtuvo destino en el Grupo de Fuerzas Regulares Indígenas de Tetuán, con el que entró enseguida en combate, siendo considerado en varias ocasiones como «Distinguido» y una como «Muy distinguido».

En el mes de marzo de 1924 fue ascendido a capitán por méritos de guerra y a continuación hizo el Curso de Carros en Madrid, incorporándose en julio al Harka de Abd el Malek, con la que tomó parte al mes siguiente en una operación sobre el poblado de Midar, en la que, al ver caer en combate al cherif Abd el Malek, el Harka se retiró desordenadamente, consiguiendo el capitán Bescansa imponerse y hacer que volviesen a recuperar las posiciones perdidas, siendo por ello citado como «Muy distinguido». Cayó herido el 12 de noviembre de un balazo en el brazo derecho durante el combate del Zoco el Sebt, pero pudo continuar al frente de su Harka y de la del comandante Muñoz Grandes, que también había caído herido. La demora en ser atendida la herida haría que ésta se infectase y que estuviese a punto de perder el brazo, teniendo sus superiores que obligarle a hospitalizarse.

El 17 de julio de 1925 ganó su primera Laureada. En este día, formando parte de una columna mandada por el general Saro, avanzó con gran decisión hasta tomar el bosque de Sidi Dauetz, desalojando al enemigo con granadas de mano y rechazando sus contraataques. Al llegar la tarde, amparándose en las barrancadas y espesa vegetación, se lanzó el enemigo sobre nuestras líneas, haciendo que las tropas vacilasen e iniciasen el retroceso, pero pudieron ser contenidas. Volvió a presionar el contrario, llegándose a la lucha cuerpo a cuerpo, empeorando la situación cuando un avión propio lanzó por equivocación unas bombas sobre los harkeños, provocando su huida en desorden. Fue entonces cuando el capitán Bescansa, pistola en mano, logró imponerse a su gente, y arran-



Fig. 2.- Monumento levantado al general Varela. en San Fernando (Cádiz)

cando el banderín de la Harka de manos de quien lo llevaba, se puso al frente de los suyos, los arengó con grandes gritos en árabe, avanzó y les hizo avanzar, y lanzándolos de nuevo sobre el enemigo con impulso arrollador le hizo retroceder, ocupando con gran arrojo unas peñas desde las cuales, durante todo el día habían hostilizado a nuestras fuerzas, salvando así tan comprometida situación. Durante este ataque resultó herido, pero lo ocultó para no dañar la moral de los harkeños.

A continuación se halló en el desembarco de Alhucemas, siendo el primer español que puso pie en tierra, y poco después se convertiría en un héroe legendario al ganar la Medalla Militar Individual y su segunda Laureada de San Fernando en las estribaciones del Yebel Malmusi, al efectuar un reconocimiento de las posiciones enemigas actuando como reserva de la Harka del comandante Muñoz Grandes. Oculto el enemigo en cuevas y entre las rocas, fueron recibidos con un nutrido fuego de fusil, cañón, ametralladoras y granadas de mano, que hizo vacilar a los harkeños y retroceder en desorden. A la vista de esto, el capitán Bescansa avanzó rápidamente con su Tabor en ayuda de las fuerzas comprometidas, pero las suyas también vacilaron ante la formidable presión e intenso fuego del enemigo, desorganizándose. En este crítico momento, el capitán Bescansa, enarbolando el banderín del tabor y arengando a los suyos, avanzó, siguiéndole a pocos pasos un corto número de harkeños e inmediatamente después los demás, consiguiendo llegar al enemigo y, tras lucha cuerpo a cuerpo, rechazarlo, adueñándose de la posición, a la que fue el primero en llegar, no obstante las grandes pérdidas sufridas, consistentes en los cuatro oficiales de su Tabor y unos cientos de tropa.

Seguidamente se mantuvo en la posición rechazando violentos contraataques del adversario hasta que recibió orden de retirada, efectuándola entonces portando a sus bajas, pero al ser informado de que había quedado en el campo el cadáver de un kaid, retrocedió con alguno de los suyos a recogerlo, siendo entonces herido de un balazo en la cabeza, que le ocasionó la muerte. Las Laureadas le fueron concedidas a título póstumo por órdenes de 1 y 14 de diciembre de 1931.

No dejó descendencia, pues estaba soltero. Su cadáver fue llevado a Melilla, donde fue embalsamado, y posteriormente a Madrid para darle sepultura (Fig. 3).



Fig. 3.- Don Miguel Rodríguez Bescansa

Sanjurjo había nacido en Pamplona en 1872, siendo su padre don Justo Sanjurjo Bonrostro, comandante de Caballería del ejército carlista. Tras cursar estudios militares en la Academia General Militar de Toledo, los siguió en la de Infantería, de la que salió promovido a segundo teniente en 1894 y destinado a la Isla de Cuba, donde muy pronto pudo dar pruebas de su valor (Fig. 4).

Resultó herido de gravedad en el brazo derecho en la acción de Taco-Taco, siendo recompensado con la Cruz de María Cristina y poco después con el empleo de capitán por méritos de guerra.

A partir de 1899 sirvió en diversas Unidades peninsulares, dando una vez más pruebas de su valor al salvar en 1904 a una madre y a su hijo de morir en un incendio, por lo que recibió la Cruz de Beneficencia.

Marchó en 1909 a Marruecos, donde ganó por méritos de guerra los ascensos a comandante (1909), a teniente coronel (1914) y a coronel (1916).

Por su destacado comportamiento en 1909 en el combate del Zoco el Jemis de Beni bu lfrur fue propuesto para la Cruz Laureada, que no llegaría a obtener, pero sí en 1914 por el de Beni Salem, durante el cual recibió dos heridas graves de bala, lo que no le impidió continuar al frente de sus tropas durante más de cinco horas, dando pruebas de serenidad, energía y valor heroico.

En marzo de 1920 alcanzó el empleo de general de brigada y seguidamente se le dio el mando de las tropas de la Zona de Tetuán, acudiendo a Melilla tras el desastre de Annual y siendo el encargado de recuperar el Gurugú.



Fig. 4.- El general Sanjurjo (Museo del Ejército)

Fue nombrado en abril de 1922 comandante general de Melilla, en septiembre se le concedió la Medalla Militar Individual por las operaciones realizadas en el territorio de Melilla durante 1921 y más tarde, y por igual motivo, el empleo de general de división.

Se le confió nuevamente en mayo de 1924 la Comandancia General de Melilla, dirigiendo desde este puesto el desembarco de Alhucemas, por lo que sería recompensado con el ascenso a teniente general (1925), con el marquesado del Monte Malmusi (1926) y con la Gran Cruz Laureada (1927).

En noviembre de 1925 pasó a ser Alto Comisario del Protectorado de España en Marruecos y general en jefe del Ejército de Operaciones en África, cesando en este cargo en noviembre de 1928 para pasar a ser director general de la Guardia Civil y de Carabineros a partir de febrero de 1932. Ocupando el cargo anterior se rebeló contra el Gobierno el 10 de agosto de ese año, siendo juzgado, condenado a muerte y conmutada la pena por la de reclusión perpetua, y dado de baja en el Ejército. Amnistiado en abril de 1934, se exilió a Portugal.

Al iniciarse el alzamiento nacional fue nombrado jefe del nuevo Estado, pero murió en Estoril (Portugal) el 20 de julio de 1936 en accidente de aviación cuando trataba de regresar a Burgos. En octubre de 1939 se le concedió la dignidad de capitán general. Poseía las Grandes Cruces al Mérito Militar por servicios de guerra (1921), al Mérito Naval (1926) y de San Herenegildo (1926).

JLIS